EL AMIGO DEL PUEBLO.

Amigo Pueblo: Quando la patria peligra, quando afligida vuelve sus tristes y abatidos ojos hácia todos lados para implorar el auxílio de sus hijos, y excitarlos á que con esfuerzo heróico rompan las cadenas de un inhumano opresor, que ceñido de sangrientos laureles, trata de arrojarla de sus altares para poner en lugar suyo un ídolo devorador modelado por sus caprichos y antojos destructores, no hay clase alguna del estado que, á ménos de incurrir en la horrible y fea nota de mal hijo de la patria, de mal español y de miembro espúrio de una sociedad de hombres libres, no esté en la indispensable obligacion de prestarle quantos auxílios tenga en su mano el dispensarla. El robusto jóven debe correr á sus banderas, y acometer las mas árduas empresas para llenar su obligacion: el hombre de consejo y madurez auxíliarla con sus luces y talento: el poderoso con sus caudales; y el ministro del altar, interpuesto entre Dios y los hombres, interceder con sus oraciones, dar exemplo con su obediencia, y auxîliar con sus riquezas,

Pero aún hay otra clase, amigo Pueblo, de que jamas se ha hecho mencion, y de la qual pudieran sacarse las mayores ventajas para llevar al cabo la grandiosa obra de nuestra redencion, y consolidar nuestra naciente libertad, si quiere poner en accion los muchos resortes, cuyo movimiento está en su mano el activar. Ella puede infundir valor al guerrero, sumision al súbdito, energía al Gobierno, union á todas las clases del estado, y encender el fuego del patriotismo, é infundir este sentimiento generoso que ha producido los mayores hombres, y que ha dado el ser á esos héroes antiguos, cuya historia llena diariamente de asombro á nuestra imaginacion, y acusa nuestra debilidad. Obra suya fué mas de una vez la salva-

cion de un pueblo ó su entera ruina: el acometer los guerreros las mayores empresas, ó el dexar escapar la victoria de entre sus manos. Mil veces cayó derrocada á sus pies la hidra monstruosa del despotismo, y le fuéron los pueblos deudores de su propia libertad: otras mil halló en ella su principal apoyo este cruel azote del linage humano; y las costumbres de los pueblos, su creencia misma ha sido mas de una vez juguete de su capricho.

Sí, sexô encantador, esclavo y tirano á un mismo tiempo: la historia nos presenta exemplos de todo esto; y ya que es fuerza confesar vuestro dominio, y nuestra debilidad, vuestro imperio y nuestra ciega obediencia, convertidlo todo en favor de la justa causa que defendemos, y cuyo feliz resultado debe interesaros. La ruina de vuestras casas y maridos, la esclavitud de vuestros hijos, la prision de vuestros amantes y las violencias de nuestros enemigos deben ser estímulos harto poderosos para que pongais en movimiento quantos medios esten de vuestra parte. En esta lucha combate el enemigo para destruir; la victoria condena á las mugeres, y la esclavitud que establece la conquista es un asilo contra la muerte, pero jamas contra la deshonra. Á vosotras alcanzarán tambien las calamidades; pues el derecho de mandar será el de abusar de todo, y teneis que perder algo mas que la sola vida. No os disculpeis con la debilidad de vuestro sexô: mil exemplos nos presenta la historia del espíritu varonil y esforzado con que supísteis en mil ocasiones superar los mayores peligros.

Aquel mismo, cuya elegante pluma escribió la vida de tantos hombres célebres, no se desdeño de tomar á su cargo el pintar las acciones virtuosas de las mugeres, y vituperar á los que quieren privarlas de los justos elogios que les son debidos. Muy bien podria hacerse, dice, el paralelo entre Anacreonte y Sáfo, Semíramis y Sesóstris, Tanaquil y Sérvio, Bruto y Pórcia. Los talentos y las virtudes estan modificados por las circunstancias y las personas; pero el fondo es el mismo, y solo está la diferencia en la superficie y el color. Habla luego de un gran número de mugeres de todas las naciones que han dado exemplos de valor y de desprecio generoso de la muerte. Cita únas, que tratándose de una batalla, de cuya pér-

dida debia seguirse la destruccion de su ciudad, convienen en sepultarse en las llamas, y coronan de flores con sus propias manos al primero que hizo esta propuesta en el consejo: ótras, que hacen que los mismos hombres se avergüenzen de una capitulacion ignominiosa: ótras, que al ver que en una batalla huían sus hijos y sus maridos, corren á ponerse delante de éllos, cerrarles el paso y forzarles, ó á ganar la victoria, ó á sufrir la muerte: ótras, que en un asedio vuelan á la muralla, defienden su ciudad, y rechazan un exército; y ótras en fin, que resistiendo á la tiranía, dan la muerte al tirano, y corren luego danzando á ponerse al frente de los conjurados y coronarlos con sus propias manos.

A las costumbres de sus mugeres, á su valor, á su entusiasmo por la patria debió en gran parte Lacedemonia sus victorias, y el renombre que goza en todas las edades. Quando despues de una batalla volvian los espartanos á su patria salian las matronas á recibirlos: Vuestros hijos muriéron, las decian. No es eso lo que preguntamos: ¿Se ganó la victoria? y como oyesen que sí, iban vestidas de blanco á dar gracias á los dioses por el triunfo de la patria, al paso que se cubrian de luto las que oían la triste nueva de que sus hijos habian abandonado su puesto por cobardía. ¿Pero que tiene esto de extraño? En las espartanas se encontraban almas del todo diferentes de las que conocemos: la naturaleza estaba en éllas inmolada á la patria; el honor antepuesto á la ternura, y el nombre de ciudadana al de madre. Así se veían los ojos maternales verter lágrimas de alegría al contemplar el cuerpo de un hijo cubierto de heridas, ó sus manos armadas contra un hijo culpable de cobardía.

Mil veces debió Roma á las mugeres su salvacion: á Clelia fué deudora de que Porsena levantase el sitio y cesase el inminente riesgo en que se hallaba: á sus matronas debió el que Coriolano retirase las huestes de los volscos, y dexase libre á la ciudad, que indefectiblemente debia ser presa suya: á las mugeres debió el capitolio su seguridad quando sacrificáron generosas el oro y plata de todas sus alhajas para saciar la inagotable codicia del ávido frances; y despues del horrible estrago de Canas, en que Roma no tenia otros tesoros que las vir-

tudes de sus ciudadanos, sacrificáron de nuevo con loable desinteres todas sus piedras preciosas y sus alhajas para acudir con éllas al remedio del inminente peligro que amenazaba á su abatida patria.

No una vez sola dexáron las mugeres las dulces y suaves ocupaciones de su sexô para imitar el valor y las fatigas del nuestro. Sitiado por los turcos un pueblo de Chipre, corriéron las mugeres á mezclarse con los soldados; y combatiendo sobre la brecha, contribuyéron á salvar su patria. Baxo Mahomet II. una jóven de la isla de Lémos, empuñando el broquel y la espada de su padre que habia muerto en la refriega, detuvo á los turcos que ya forzaban una puerta, y los arrojó hasta la orilla del mar. Igualmente se distinguiéron las mugeres de Hungría en muchos sitios y batallas dadas contra los turcos, tanto que una sola mató por su propia mano diez genízaros. No ménos se señaláron en los dos célebres sitios de Ródas y de Malta, ayudando en todo con su zelo á los caballeros, y mostrando en todas ocasiones el mayor valor, no solo aquel valor de impetuosidad y de un momento, que arrostra la misma muerte, sino tambien el esfuerzo lento y penoso, que sostiene los trabajos y las fatigas de todos los instantes.

Quando aquel fanático ermitaño salió de su retiro como un torrente á anunciar el próxîmo fin del mundo, no fuéron las mugeres las últimas que, armadas del noble entusiasmo de la religion y del valor, corriéron á morir en los campos de la Palestina, combatiendo al lado de sus amantes y de sus esposos, y á ganar las indulgencias que la corte de Roma dispensaba á las cruzadas, y con cuya esperanza puso en combustion toda la Europa.

Sería nunca acabar si intentásemos enumerar todas las acciones de valor de las mugeres; pero no podemos pasar en silencio la famosa Juana, conocida con el nombre de doncella de Orleans. Despreciando sus coloquios con S. Miguel y otras preocupaciones propias de su tiempo, es fuerza conocer el feliz resultado de su entusiasmo en el sitio de Orleans, y llorar la desgracia de la raza humana, que ha sido siempre víctima de necios y supersticiosos, y entre la que la inocencia y la verdad fué siempre el blanco y la envidia de los falsos doctores. Honrada Juana y aplau-

dida miéntras le acompañó la fortuna, y conservó el aprecio de Cárlos VII, cuya corona afianzó por su valor; sufrió los mayores dicterios y baldones quando la persiguió la desgracia. El débil Cárlos dexó á su bien hechora entregada á las manos de sus enemigos. La acusáron de *hechicera*; no habia púlpito en que no se repitiese con confianza esta calumnia, que confirmó la universidad de París. Cauchon, obispo de Beauvais, otros cinco prelados franceses, un obispo ingles y un frayle dominicano, vicario del *Santo oficio*, la juzgáron en Rouen: le hiciéron mil ridículas preguntas, y al cabo fué condenada como *hechicera*, *adivina*, *sacrílega*, *idólatra*; pero Juana no desmintió su valor, y se presentó á la hoguera con la misma firmeza que á los muros de Orleans, sin que se le oyese otra palabra que invocar á *Jesus*.... los tiempos todos son unos.

Pero no creas, no, sexô dulce y halagüeño, que sea mi intencion por lo que llevo expuesto pretender que te cargues con las duras fatigas de la guerra: respeto demasiado vuestra natural delicadeza, confirmada por una educacion no siempre la mas acertada: en el estado actual de nuestras costumbres sería ridículo el exîgir de vosotras que os presentáseis en el campo de batalla á sufrir los trabajos y peligros de la guerra. Jóvenes robustos y endurecidos al trabajo deben desempeñar estas funciones: sin salir de vuestras casas, sin exponeros al peligro podeis hacer los mas importantes servicios.

Moderad el luxo de vuestra casa y personas: estableced una prudente economía: desechad todo gasto escandaloso, mayormente en estos tiempos de calamidad en que cada dia debe aumentarse el número de los huérfanos: echad mano, si así lo exîge la imperiosa ley de la necesidad, de vuestras propias alhajas y adornos, sacrificándolos generosas en obsequio de la patria, para que atienda á cubrir las necesidades del soldado, y pueda nuestro exército estar siempre en un pie respetable, y hacernos concebir la lisonjera esperanza de que en España solo mandarán españoles.

No entreis tan á ciegas en las discuciones de serviles y liberales, hablando de lo que no entendeis, por no procurar imponeros de antemano en lo que esto significa:

razon teneis, y razon capaz de elevaròs al mas alto grado de saber: no la deprimais tanto, que se infiera que sois incapaces de discurrir, que solo os dexais llevar de las agenas opiniones, siendo como los espejos que no hacen mas que repetirlo todo. No deis tanto asenso á este ó á aquel trage que sea la sola regla de vuestra creencia. Sed las primeras en predicar obediencia al Gobierno, y será de todos obedecido, porque ¿quien es el que resiste á la imperiosa voz de una sola insinuacion de vuestros dulces labios? Echad léjos de vosotras al primero que ofenda al actual Gobierno supremo y propenda al despotismo: el pais de los déspotas es el mismo cabalmente en que la belleza gime oprimida, viviendo solo para obedecer los caprichos de su señor: clamad por la union, clamad porque desaparezcan los antiguos abusos, y no hallarán obstáculo las reformas.

Procurad lo primero ser virtuosas sin gazmoñería y sin creencias ridículas: el evangelio es sencillo, nuestro solo idioma basta para entenderlo. Estudiadlo, pues, y os desengañareis tal vez de lo erradas que íbais en el camino de la verdad, y os libertareis quizá de la grave contribucion que pagábais á ignorantes guias que os apartaban del camino verdadero, conduciéndoos de precipicio en precipicio, para emplearla entónces en beneficio de la justa causa, que será harto mas grato á los ojos de Dios, que no el regalar y el nutrir una planta parasíta.

Haced que vuelvan hasta un cierto punto las costumbres de los tiempos de la caballería, en que todo caballero al abrazar los peligros se sometia ántes á las leyes de una soberana. Por élla sola atacaba, defendia, forzaba castillos y ciudades, y por honrarla derramaba su sangre en los combates, llegando de este modo la Europa entera á ser una lid inmensa donde los guerreros, adornados de las cintas y cifras que les habian puestos sus amantes, combatian en las justas ó torneos para merecer el agrado de su amada. Entónces se unia la fidelidad al esfuerzo, el amor era inseparable del honor, y las mugeres erguidas de su imperio, y obteniéndolo de manos de la virtud, se honraban con las grandes acciones de sus amantes, y participaban de las pasiones nobles que éllas inspiraban.

Imitad, pues, á las heroinas de aquellos tiempos: hacednos amable la virtud, practicándola vosotras; y encended en nuestros pechos el ardiente deseo de lo justo y de lo honesto con aquellas simples miradas, que bastan solas para excitar en nosotros el orgullo ó el abatimiento. Quando úno aspire á vuestros favores, á ser merecedor de vuestras gracias, sea el amor á la patria y á la virtud, sea el noble entusiasmo de asegurar nuestra libertad, y romper las cadenas de la tiranía el primer pacto que deba observarse religiosamente ántes de pasar á nuevos tratados. Quando algun guerrero aspire á vuestra mano respondedle: En el campo del honor debeis ganarla, y haceros acreedor á mis favores: mi belleza será el legítimo premio del que mas señalados servicios haga á la nacion. No á vanas executorias, signos mas bien del crímen que de la virtud, no al sórdido interes depositado en un ser ocioso y criminal dispensaré mis cariñosas miradas: solo podrá aspirar á mi beldad el que mas enemigos haya sacrificado á las aras de la patria. Corred, volad en su ayuda. De hoy mas no serán atendidas esas formas sibaríticas de corrompida oficialidad, que entregada á un luxo corrompedor, enerva su espíritu y su cuerpo, haciéndolo incapaz de soportar las duras fatigas de la guerra. Solo el valiente que presente sin rubor sus manos callecidas de manejar la espada, y su cuerpo cubierto de cicatrices en prueba de sus servicios por la patria, será acreedor á nuestro aprecio.

Así quando las edades venideras hablen de nuestros esfuerzos para consolidar nuestra independencia, oirán nuestros descendientes: *Los españoles del siglo XIX. quisiéron ser libres y lo fuéron; y la virtud de las mugeres de aquella edad fué uno de los principales móviles de tan feliz resultado.* Esta gloria, harto mas duradera que aquellos sumptuosos mausoleos que levantaban los griegos á sus cortesanas, os asegurará la pública estimacion, que despues de la estimacion de sí mismo, es la mas dulce recompensa de las buenas acciones.

Abusos introducidos en la disciplina de la Iglesia, y facultad de los príncipes en su correccion, que á la so-

beranía de la Nacion en sus Córtes generales presenta por mano del excelentísimo señor Secretario de éllas un prebendado de estos reynos. Véndese á 8 rs. en la librería de Dávila, calle de las Carretas.

En este interesante papel puede ver todo el que no esté privado enteramente de un recto modo de pensar, y que vil egoista no quiera dar oidos á lo que no conviene á su interes personal, quan necesarias son las reformas, y que no es faltar, ántes bien cumplir con la doctrina de los santos Padres y concilios el recomendar y suspirar por las mejoras en este punto.

Noticia interesante.

Se acaba de descubrir un antiquísimo manuscrito hácia el medio del Asia, donde se cree hubo un pueblo primitivo, padre de las ciencias, y en el que llegáron al mas alto grado; el qual, hablando de las varias formas de gobierno, se explica en estos términos: *Despotismo*, quando manda uno solo, no teniendo mas ley que su capricho, ni mas freno que su voluntad: *Monarquía*, sinónimo de despotismo, quando no es moderada, ni está sujeta á leyes: *Aristocrácia*, quando los nobles tienen el poder del pueblo, y el pueblo ninguno: *Democrácia*, quando el pueblo por sí ó por sus representantes exerce la soberanía: *Demagogia*, quando algunos sin mision legítima usurpan el poder: *Anarquía*, quando no existe gobierno alguno: *Soñologia*, quando los que mandan estan siempre durmiendo.

Suplícase á los antiquarios, que enterados de las calidades del escrito, fixen la época en que se compuso, y el pueblo en que se escribió.

Pregunta.

¿Que se diria de una nacion en que aspirase á ser director de un establecimiento científico quien desconociese hasta los primeros elementos de los ramos que comprehende? Y quien entable tal solicitud, ¿no debia ir en seguida á la casa de los locos?

MADRID. IMPRENTA DE LA COMPAÑÍA
POR SU REGENTE JUAN JOSEF SIGUENZA Y VERA.
AÑO 1813.

Se vende en la librería de Matute, calle de Carretas, junto á la imprenta nacional, y se admiten subscripciones.